



**LA BARRERA OCEÁNICA
Y EL ORICIU**
pa los aviadores

José Ferrero / Pablo Maojo

**LA BARRERA OCEÁNICA
Y EL ORICIU**
pa los aviadores

del 2 de febrero
al 11 de marzo
2018



EXPOSICIÓN

Centro de Escultura de Candás Museo Antón
del 2 de febrero al 11 de marzo de 2018

CATÁLOGO

TEXTOS:

Francisco Zapico
Amelia Fernández López

FOTOGRAFÍAS

José Ferrero
Pablo Basagoiti (pag. 46)

VIDEO

Rai García
Pablo Basagoiti

EDITA

Centro de Escultura de Candás Museo Antón

DISEÑO

José Ferrero

IMPRIME

La versal
© del texto y fotografías sus autores
© de la edición Centro de Escultura de Candás Museo Antón
D. L. : AS 311-2018

**LA BARRERA OCEÁNICA
Y EL ORICIU**
pa los aviadores
1988 -2018

José Ferrero / Pablo Maojo
Fotografías / Instalación Land art

En febrero de 1988, el escultor Pablo Maojo desarrolló en la playa de Rodiles el proyecto artístico “La Barrera Oceánica”, conformado por cien traviesas de ferrocarril.

Con esta actuación, Maojo pretendía sensibilizar a la población sobre la pérdida de arena sufrida en dicha playa a consecuencia del deterioro de un dique en la desembocadura de la ría.

En febrero de 2018, el Centro de Escultura de Candás Museo Antón expondrá el reportaje realizado por el fotógrafo José Ferrero durante y después de la instalación de “La Barrera Oceánica”.

Esta serie fotográfica se complementa con esculturas realizadas posteriormente por el mismo Pablo Maojo empleando algunas de las traviesas de las que se sirvió en su momento para elaborar “La Barrera Oceánica”.

Esta exposición y el catálogo que la complementa pretenden ser un reflejo de la personalidad y el peculiar concepto plástico de ambos creadores. Aportaciones con las que deseamos extender y divulgar su producción artística.

Agradecemos encarecidamente el esfuerzo de todas las personas implicadas en la exposición y en especial a los autores por permitirnos disfrutar de la esencia de su obra.

Amelia Fernández López
Presidenta del Patronato Museo Antón

AGRADECIMIENTOS:

A todos aquellos que siguen confiando en nosotros,
y que cuando las marejadas nos abaten
están prestos a izarnos.

Y a Francisco Zapico

MUTUAMENTE

Subiré al cielo rodando como el huevo, sin ningún esfuerzo dejándome caer.
(Jorge Oteiza)

En los últimos días de enero del año 1988 el escultor Pablo Maojo Acevedo iniciaba la primera fase de un feliz, prolijo, plural y dilatado proceso creativo, hoy conocido por los siguientes nombres: La barrera oceánica y El oriciu pa los aviadores. El arenal de Rodiles, una playa asturiana entonces en trance de desaparición, situado en la desembocadura del estuario de Villaviciosa, fue el primer escenario de esa serie de experiencias que, asombra pensarlo, ya llevan en marcha más de un cuarto de siglo. En orden a su clasificación vale decir que atendiendo a sus contenidos conceptuales, praxiológicos y formales cabría vincularlas con alguno de los movimientos o tendencias que incluye la ya clásica etiqueta: Land Art.

Quisieron el destino o el azar o la necesidad que José Ferrero Villares, quien justamente en aquel tiempo empezaba a afirmarse en el oficio de fotógrafo -el de poeta le venía de nacimiento-, viviera muy cercana y emotivamente la mentada peripecia de Pablo Maojo, y que tal vínculo establecido entre sus personas y sus obras llegara, salvando distancias temporales y espaciales, hasta hoy, y que, además, se nos manifieste palmariamente en la presente exposición que organiza y acoge el Centro de Escultura de Candás, Museo Antón.

Visto en conjunto, el más de medio centenar de fotografías que presenta José Ferrero puede considerarse como un reportaje o como una crónica, pues es deudor de un delicado tejido de historias y de tramas, y los documenta y los libra para nosotros del implacable olvido.

Sí, en efecto, esas imágenes, primorosamente encadenadas o engarzadas, nos devuelven la esencia de la aparición de unas concretas piezas de arte y nos revelan la precisa manera de operar y de manejarse que tienen la mente y la mano que las crearon: las de Pablo Maojo. Pero, además, cuando las tomamos en frontalidad y cercanía, observamos que contienen gran parte de los motivos y preocupaciones centrales de la obra propia y misma de quien las tomó: las de José Ferrero, y que adquieren singular y admirable autonomía estética.

Unas esculturas recientes de Maojo completan a modo de «ouróboros» la conmovedora rapsodia que Ferrero despliega en el ámbito del Museo Antón. Constituyen una prueba más, por si alguna duda cupiera, de que son dos las voces que mutuamente desarrollan el retrato y el relato de unos cortejos entre la naturaleza y la cultura, de unos actos de fe, de resistencia y de supervivencia, que nos impactan, nos emocionan y nos fascinan.

También se presenta un espléndido documental, realizado por el cineasta Rai García y por el creador audiovisual Pablo Basagoiti, que nos acerca a Pablo Maojo y nos ofrece un guión activo y preciso de ese espectáculo de construcción, destrucción y regeneración que constituyen La barrera oceánica y El oriciu pa los aviadores. Las líneas que siguen proponen una síntesis de las distintas fases por las que a venido pasando ese inconcluso en insólito ciclo. Obviamente, reproducen el esquema del documental, se trata pues de palabras prescindibles para el espectador actual.

Empecemos por una acotación histórica. Una consecuencia de los trabajos de canalización, dragado y relleno realizados en la ría de Villaviciosa durante parte de los siglos XIX y XX, y en particular del canal que se construyó en la extremidad contigua al dunar de Rodiles, fue la aparición del arenal del mismo nombre. En la década de los ochenta del pasado siglo la ruina y el deterioro eran los verdaderos señores de aquellas viejas construcciones y, lógicamente,

la sobrevenida playa de Rodiles estaba siendo literalmente tragada por la mar. Con esta penosa circunstancia tiene que ver el argumento de La barrera oceánica, que lleva implícito la renuncia al principio tradicional de perennidad en favor de una configuración efímera.

El plan era hincar verticalmente cien traviesas de ferrocarril en el mencionado arenal de Rodiles. Alineándolas siguiendo el contorno medio, de unos mil metros de longitud, que sobre él marcaban los intervalos mareales. Dejar luego que las mismas mareas, el oleaje y la resaca las fueran tumbando, arrastrando y depositando. Para recuperarlas al final, y levantar con ellas, en un sitio más abrigado -en la prensa de la época no se dan nombres, pero se habla de un monte cercano a Rodiles-, una empalizada compacta y sobre una de sus caras realizar un mural, entallando la superficie y tratándola con pigmentos y alquitranes. Salvo en esto último, el programa se cumplió, con pasmosa precisión, ya lo hemos apuntado, entre los últimos días de enero y los primeros de febrero de 1988.

Estamos hablando de una tarea no muy ardua pero sí muy fatigosa; que implicaba, ni más ni menos, cavar cien fosas, una cada diez metros; transportar hasta todas y cada una de ellas su correspondiente traviesa; plantarla allí, bien derecha y bien firme; y por último salvar de la mar un disperso y numeroso pecio. Nada así es posible sin la ayuda de la amistad o del dinero. En tal sentido La barrera oceánica fue ejemplo de implicada camaradería y mereció además el apoyo económico que otorgaba la Consejería de Educación, Cultura y Deporte. Puede decirse que alcanzó un máximo de fecundidad, pues, como soporte y como escenario, también concitó otras manifestaciones artísticas y floreció a su vez con ellas.

Como se ha mencionado, Pablo Maojo tenía previsto utilizar las traviesas rescatadas al Cantábrico para levantar una empalizada y realizar un mural. Pero finalmente no procedió de esa manera. Sí formó, con las cien de partida

y bastante antes de enfilarlas frente a la bravura de la mar, una apretada alineación e intervino sobre su superficie haciendo uso de la motosierra, herramienta que siempre manejó en su trabajo escultórico con asombroso virtuosismo. Las más de setenta que pudo recoger del agua le sirvieron para otra cosa, fueron mimbres y embrión de una singular escultura que bautizó con un nombre ciertamente pintoresco y descriptivo: El oriciu pa los aviadores. Aclaremos que la palabra asturiana «oriciu» se corresponde con la castellana «erizo». La idea última de la pieza hay que buscarla en las conversaciones que mantuvieron Pablo y su gran amigo Felipe Solares -pintor, escultor y grabador-, a lo largo del verano de 1988, tratando de encontrar destino a los restos de La barrera oceánica.

El oriciu pa los aviadores, cuyo montaje Felipe había fijado en una delicada maqueta presente ahora en la salas del museo, postulaba la idea de testigo, de cobijo, de templo o de atalaya más que las tradicionales nociones de objeto admirable y de sujeto admirativo. Su emplazamiento primero fue una pradera, conocida como Les Vallines, perteneciente y cercana a la casería de la familia de Pablo Maojo. Se trata de un paraje con gran amplitud de vistas: en su lejanía, al final de una maravillosa y larga perspectiva de la ría, es columbrable nuevamente Rodiles; en su cercanía, casi a su pié, es abarcable un paisaje cuya franca e impertérrita placidez apenas logra perturbar la cruenta línea de la autopista. En lengua asturiana uno de los significados del término «vallina» es, precisamente: «terreno de pastizal, pendiente y estrecho, al servicio de una quintana».

A mediados de septiembre de del mismo año 1988, coincidiendo con los días durante los que se celebran en Villaviciosa las afamadas Fiestas de Nuestra Señora del Portal, Pablo Maojo, lleno de energía y decisión, con la única ayuda de otro de sus grandes amigos: Fidel Solís Sánchez, levantó definitivamente El oriciu pa los aviadores. Se trataba de un entramado cupular, hecho apilando poligonales menguantes constituidas, como se ha dicho, con las traviesas de

ferrocarril procedentes de La barrera oceánica. Buscando sin duda refuerzo estructural, algunas de ellas iban colocadas traspasando perpendicularmente el contorno, virtualmente semiesférico, de aquella especie de casquete leñoso, que medía unos cinco metros de base por tres de altura, prestándole así la curiosa apariencia hirsuta que justifica tan bien su nombre. Un trío de traviesas coronaban el conjunto. Dos reposaban en posición horizontal y una tercera, encastrada en aquellas por su centro, se alzaba verticalmente hacia el cielo, como una atenta antena. Sobre ésta última, con letras primorosamente entalladas, figuraba la siguiente inscripción: «La Barrera Oceánica».

Veinticinco años más tarde, y conmemorando tal regularidad aritmética, se organizó una exposición en la gijonesa Fundación Museo Evaristo Valle. Pablo Maojo erigió dentro su sala de muestras temporales una nueva estructura, reutilizando formal y materialmente la de El oriciu pa los aviadores de la pradería de Les Vallines. Naturalmente, tras despojarlo de la fronda vegetal que durante décadas lo había ido poblando sigilosamente, tras desmontarlo cuidadosamente y después de trasladarlo ordenadamente hasta la mencionada institución y de limpiar meticulosamente sus componentes. Se exhibieron también cincuenta y cuatro fotografías pertenecientes a sendos reportajes realizados por Manuel Ribera y José Ferrero. La muestra seguía un clásico esquema adversativo, pues enfrentaba en el mismo recinto las imágenes y el nuevo entramado de El oriciu. Es curioso constatar que la última y única vez que se había expuesto una serie fotográfica emparentada con éstas fue muy lejos de Asturias, en la Galería Hörnan de Falun, Suecia, durante los meses de julio y agosto de 1989. Entonces solo se incluyeron imágenes de La barrera oceánica. Pablo Maojo las había transportado hasta allí tan protegidas y tan mullidas como si lo hubiera hecho dentro de un nido; iban dentro de en un maletín de contrachapado que su propio autor, José Ferrero, había confeccionado, con amor y rigor, a la medida justa de unos passepartouts que tenían igual origen práctico, anímico y artesanal.

En diciembre de 2013, clausurada la anterior exposición, no se devolvió El oriciu pa los aviadores a su emplazamiento de Les Vallines, sino que se instaló, definitivamente, en los jardines de la Fundación Museo Evaristo Valle. Así, a lo último, numeroso público podría disfrutar de una magnífica escultura en un lugar bello y accesible. Cabría pensar que se elegía un final muy light. Que se remataba con una guinda convencional un pastel experimental. Pero no era de eso. Claro que no era eso. Cualquiera que se pasee por los jardines del Museo Valle y que se detenga frente a El oriciu notará cómo reverdecen y recrecen aquellas ideas de testigo, cobijo, templo o atalaya que ya estaban sembradas en la estatua original. Por raro que pueda parecer, esta afirmación no se hace desde un plano o sentido meramente simbólico. Es patente cómo La barrera oceánica y El oriciu pa los aviadores, ahora en el Museo Antón, bajo unas luces y unas sombras muy diferentes de las que vieron su nacimiento, vuelven a fructificar y se mantienen estrictamente fieles a su primera vocación: la de parapeto desde el que seguir asomándonos, esperanzados, a nuevos y dilatados horizontes culturales.

Francisco Zapico, Candás, enero y 2018





La Barrera Oceánica – Rodiles 1988





















El Oriciu - Les Vallines, 1998







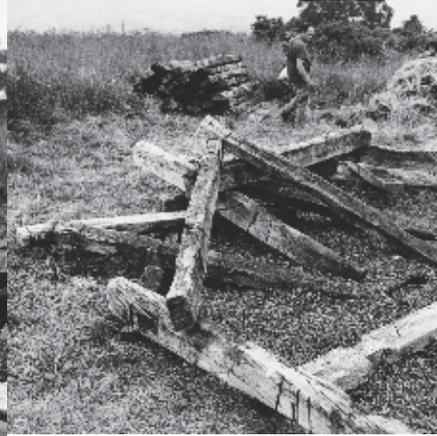




El Oriciu - Les Vallines, 2013









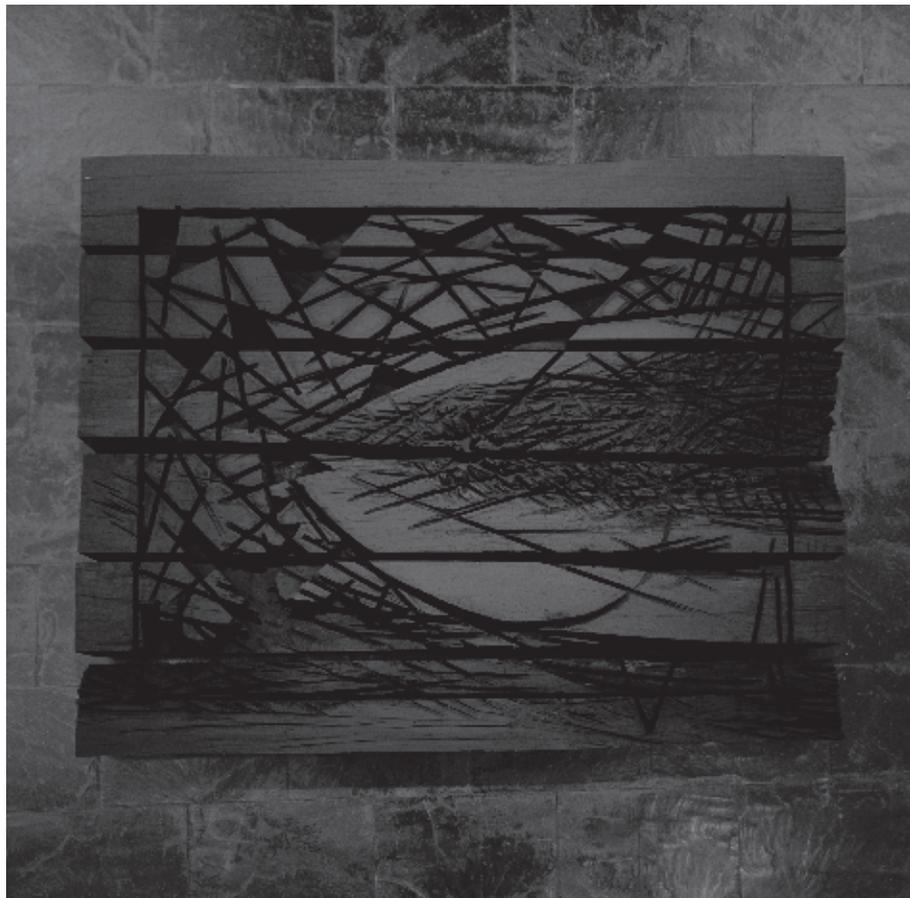


El Oricu - Museo Evaristo Valle, 2013









Atúum...! 2018. Museo Antón.





Contra el tránsito, 2018. Museo Antón.





MAQUETA:
el *Oriciu*,
1988

OBRA EXPUESTA

La exposición consta de:

FOTOGRAFÍA:

José Ferrero

Papel cloro-bromuro, virado al selenio.

La Barrera Oceánica – Rodiles 1988

3 fotografías de 73 x 73 cm -Imagen 44 x 44 cm-

19 fotografías de 30 x 30 cm -Imagen 20 x 20 cm-

El Oriciu - Les Vallines 1998

4 fotografías de 73 x 73 cm -Imagen 44 x 44 cm-

11 fotografías de 30 x 30 cm -Imagen 20 x 20 cm-

El Oriciu – Museo Evaristo Valle 2013-14

1 fotografías de 73 x 73 cm -Imagen 44 x 44 cm-

11 fotografías de 30 x 30 cm -Imagen 20 x 20 cm-

2 PIEZAS ESCULTÓRICAS:

Pablo Maojo

Atúum...!, 2018

Madera de roble y añil. 112 x 137 x 14 cm

Contra el tránsito, 2018

Madera de castaño, vinagre de sidra y óxido de hierro. 540x125x100 cm

MAQUETA: el **Oriciu**, 1988

Pablo Maojo & Felipe Solares

Cerillas y cartón, 14 x 14 x 6 cm

VIDEO: **La Barrera Oceánica**, 2018 7' 56" **Rai García & Pablo Basagoiti**

Documenta parte de la acción tanto de la Barrera Oceánica, como de su desmontaje e instalación en el Museo Evaristo Valle en 2014.

JOSÉ FERRERO VILLARES
Fotógrafo

José Ferrero Villares (León, 1959). Afincado en Avilés desde niño. Graduado en Artes Plásticas, en la especialidad de Grabado y Técnicas de Estampación.

De formación autodidacta, se inició en la fotografía en 1982. En la actualidad es profesor de fotografía en la Escuela Superior de Arte del Principado de Asturias.

Ha realizado numerosas exposiciones internacionales en las que su obra ha sido presentada, tanto individual como colectivamente: Milán, Brescia, París, Lieja, Mérida (México), Rennes, Eindhoven, Köln, University of Wisconsin-Eau Claire. Diversos espacios institucionales y galerías nacionales, entre las que destaca una larga trayectoria en Utopia Parkway (Madrid), junto a la Feria Internacional de Arte Contemporáneo ARCO, forman parte de su amplio itinerario expositivo.



Más interesado en la investigación, la sugerencia y la ocultación, que en la representación, entiende la fotografía no como una técnica o una modalidad artística sino como una auténtica experiencia vital. En muchas de sus series la seducción y el misterio de lo oculto, lo que está más allá de lo manifiesto, son ingredientes esenciales.

En palabras de Marta Gili, "probablemente, uno de los méritos más destacables de sus fotografías sea su capacidad para intensificar nuestra mirada. Aunque admitamos que la realidad tiene muchas caras, nuestra mirada tiende a buscar el mínimo esfuerzo y conformarse con la apariencia de las cosas. La fotografía para José Ferrero es un instrumento que le permite potenciar y ampliar su experiencia visual y por extensión su experiencia vital. Porque a través de lo que vemos y cómo lo vemos ajustamos parte de nuestra conducta y nuestra sensibilidad".

Una faceta fundamental, además, en su quehacer ha sido la constante y activa colaboración con otros artistas, siempre entendida por él como una forma de complementariedad y de enriquecimiento, tanto desde el punto de vista personal como creativo; explorar otros lenguajes artísticos y otros modos de entender la plástica.



PABLO MAOJO
Escultor

Pablo Maojo Acebedo (San Pedro de Ambás, Villaviciosa, Asturias, 1961). De formación autodidacta, ha experimentado a lo largo de su dilatada carrera profesional con todo tipo de técnicas: pintura, dibujo, grabado y, sobremanera, escultura.

Además de exponer, desde el año 1982, de manera regular y asidua en galerías, museos e instituciones, sus obras pueden disfrutarse en numerosos espacios públicos del Principado, del resto de España y de otros muchos países, como Suiza, Suecia, Alemania, Dinamarca...

La armonía estructural, la vivacidad rítmica, el justo sentido de la escala y la integridad compositiva son los rasgos formales más notorios de sus piezas, entroncadas, por un extremo, con la línea principal del constructivismo y, por otro, con la labor intemporal del artesano que, en comunión con la materia, anula las inciertas diferencias del arte con el oficio y realiza, cotidianamente, el milagro de la santa simplicidad.

Otras marcas características de sus obras son el virtuosismo gráfico y háptico: la inteligente explotación del color y de la línea, el escrupuloso dominio de las texturas y volúmenes. La elaboración y la intuición formal que le son propias no son menos admirables que la imaginación y la invención emocional que las habitan, lo que las hace cómplices del código secreto de los sueños y de los símbolos.

La espléndida eficacia sensual y técnica de su escultura suele volcarse sobre la madera pero también, fundamentalmente en su obra pública, lo hace sobre el hierro, el bronce o el acero... En sus últimas creaciones trabaja sobre la relación entre la escultura y otras disciplinas: la música, la arquitectura o las artes escénicas.

La lista de premios o menciones que ha merecido su arte es importante y prolija. Destaquemos, por lo que supusieron de impulso primero, dos tempranos galardones: la Beca Ayuda a la Creación Escultórica, que le otorgaba en 1990 el C.E.C. Museo Antón y la Beca de Estancia que le concedía en 1992 la madrileña Casa Velázquez.